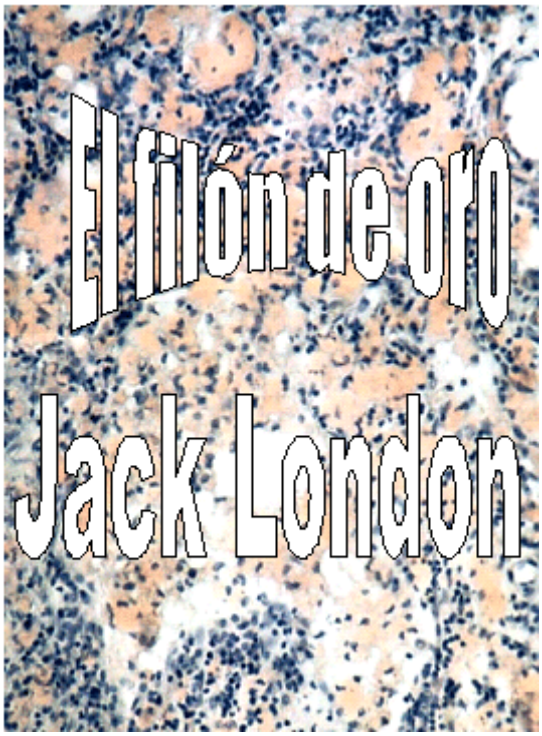
LIBRO dot.com

EL FILÓN DE ORO

JACK LONDON



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

El filón de oro

Era el corazón verde del cañón, donde las paredes se desviaban del plano rígido y aliviaban la severidad de sus líneas formando un pequeño escondrijo cubierto, llenándolo hasta el borde de dulzura, redondez y suavidad. Aquí todo descansaba. Hasta la estrecha corriente cesaba en su turbulento fluir el tiempo suficiente para formar un estanque calmo. Hundido hasta las rodillas en el agua, con la cabeza gacha y los ojos entornados, dormitaba un gamo de piel roja y frondosa cornamenta.

A un lado, al borde mismo del estanque, había una pequeña pradera, una superficie fresca y elástica de verdor que se extendía hasta la base de la severa pared. Más allá del estanque, una suave ladera terrosa se elevaba palmo a palmo hasta el muro opuesto. Una hierba fina cubría la ladera: una hierba salpicada de flores, con parches aquí y allá de color naranja, púrpura y dorado. Por abajo, el cañón estaba cerrado. No había ningún paso. Las paredes se unían abruptamente en un caos de piedras recubiertas de musgo y escondidas bajo una cortina de hiedra, enredaderas y ramas de árboles. Por encima del cañón, se elevaban colinas y altos picos, las grandes y remotas faldas de las montañas cubiertas de pinos. Y allá, a lo lejos, como nubes por sobre el límite del cielo, se alzaban blancos minaretes a modo de torreones donde las nieves eternas de la Sierra reflejaban austeramente los rayos del sol.

No había polvo en el cañón. Las hojas y flores eran limpias y puras. La hierba era un terciopelo suave. Sobre el estanque, tres álamos de Virginia lanzaban sus níveos y flotantes plumones a la quietud del aire. En la ladera, las flores de la manzanita[1], de tronco color vino, llenaban el aire con las fragancias de la primavera, mientras las hojas, sabias por la experiencia, habían iniciado ya su torsión vertical contra la usual aridez del verano. En los claros, más allá de la sombra de la manzanita, se posaban los lirios mariposa', cual otros tantos vuelos de mariposas enjoyadas, repentinamente detenidas y a punto de reiniciar su tembloroso vuelo. De trecho en trecho, el arlequín del bosque, la madroña[2], que se dejaba sorprender en el acto de cambiar su tronco verde-guisante por uno rojo furioso, exhalaba su fragancia al aire desde sus ramilletes de campanillas enceradas. Estas campanillas eran de un blanco cremoso, con la forma de las azucenas del valle y con la dulzura de la fragancia primaveral.

No corría el menor soplo de viento. El aire estaba adormecido con su peso de perfume. Una dulzura que resultaría empalagosa de haber sido el aire pesado y húmedo. Pero el aire era cortante y delgado. Era una luz estelar convertida en atmósfera, atravesada y calentada por el sol y empapada de dulzura floral.

De vez en cuando, una mariposa volaba entre las manchas de sombra y luz. Por todas las direcciones se elevaba el quedo y somnoliento zumbido de las abejas de montaña –glotonas sibaritas, que se empujaban unas a otras, de buen talante y sin tiempo para rudas descortesías-. El arroyo goteaba y murmuraba a través del cañón tan silenciosamente, que hablaba solo en gorgoteos débiles y ocasionales. La voz de la corriente era un susurro adormecido, interrumpido por ensueños y silencios, y alzándose de nuevo al despertar.

[1] Lirios moteados del Oeste de Norteamérica.
[2] En español en el original.

La movilidad de todas las cosas flotaba en el corazón del cañón. La luz solar y las mariposas iban y venían entre los árboles. El zumbido de las abejas y el susurro de la corriente eran una marea de sonidos flotantes. Sonidos y colores parecían formar juntos la urdimbre de un tejido delicado e indefinido, que era el espíritu del lugar. Un espíritu pacífico, no de muerte sino de vida tranquila, de una quietud que no era silencio, de un movimiento que no era acción, de reposo pleno de existencia sin la violencia de la lucha y el trabajo. El espíritu del lugar era el de la paz de los vivos, somnoliento con la comodidad y satisfacción que da la prosperidad, nunca perturbado por rumores de guerras lejanas.

El gamo de piel roja y abundante cornamenta conocía el señorío del espíritu del lugar y dormía, hundido hasta las rodillas, en el estanque fresco y sombreado. Parecía no haber moscas que lo molestasen, y descansaba lánguidamente. A veces sus orejas se movían, cuando el arroyo despertaba y susurraba. Pero se movían perezosamente, sabiendo de antemano que tan solo era el arroyo despertando en gorgoteos al descubrir que él se había dormido.

Llegó, sin embargo, un momento en que las orejas del gamo se levantaron y tensaron, buscando ávidamente el sonido. Su cabeza estaba vuelta hacia el cañón. Sus fosas nasales, temblorosas y sensitivas, olfatearon el aire. Sus ojos no podían atravesar la cortina verde tras la cual la corriente ondulaba alejándose, pero a sus oídos llegó la voz de un hombre. Era una voz regular, monótona y cantarina. De pronto, el gamo oyó el duro golpeteo del metal sobre la piedra. Ante este sonido resopló y dio un salto que lo llevó a través del aire, del agua al prado. Sus patas se hundieron en el joven terciopelo, en tanto él aguzaba sus oídos y olisqueaba de nuevo el aire. Luego, se escabulló por la pequeña ladera, deteniéndose una y otra vez a escuchar, y desapareció del cañón como un fantasma, con pisadas suaves y silenciosas.

Comenzó a oírse el chocar de los zapatos de herradura contra las rocas, y la voz del hombre se hizo más fuerte. Se elevó en una especie de cántico y, al acercarse, se pudieron distinguir las palabras:

Vuélvete y vuelve la cara
hacia las dulces colinas de la gracia.
(A los poderes del pecado estás *despreciando.)*
Mira a tu alrededor.
Arroja tus pecados a la tierra.
(Te encontrarás con el Señor en la mañana.)

El ruido del escalamiento acompañaba la canción, y el espíritu del lugar huyó tras las pezuñas del gamo rojo. La cortina verde se abrió con violencia en pedazos y un hombre se asomó a la pradera, al estanque y la colina. Era un hombre prudente. Abarcó la escena de una sola mirada y luego recorrió con la vista los detalles para verificar su impresión general. Entonces, y no antes, abrió la boca en una aprobación vívida y solemne.

-¡Sapos y culebras del Purgatorio! ¡Mira esto! ¡Madera, y agua, hierba, y una colina! ¡Las delicias de un cazador y el paraíso de un cayuse[3]! ¡Verdor fresco para los ojos cansados! ¡Píldoras rosadas para ayudar a las personas pálidas! ¡Una pradera secreta para buscadores de oro y un lugar de descanso para burros fatigados, por Dios!

Era un hombre de tez arenosa, cuyos rasgos faciales más destacados parecían ser el humor y la cordialidad. Tenía un rostro expresivo, que cambiaba rápidamente con los estados de ánimo y los pensamientos. El acto de pensar era en él un proceso visible. Las ideas le

[3] Caballo salvaje de las praderas.

cincelaban el rostro, como lo haría un soplo de viento en la superficie de un lago. Su cabello, escaso y descuidado, era tan indefinido y sin color como su tez. Parecía que todo el color de su cuerpo se hubiera centrado en sus ojos, de un azul resplandeciente. Eran alegres y sonrientes, con la ingenuidad y la sorpresa de un niño; y sin embargo contenían gran parte de la tranquila autoconfianza y la fuerza de voluntad basadas en el conocimiento de sí mismo y en la experiencia del mundo.

Arrojó el pico de minero, una pala y una criba tras la cortina de plantas trepadoras y de enredaderas. Luego se arrastró él mismo hacia el claro. Iba vestido con un mono descolorido y una camisa negra de algodón, botas herradas en los pies, y en la cabeza un sombrero cuyas deformaciones y manchas denunciaban el duro trato del viento, la lluvia, el sol y el humo de los campamentos. Se irguió, contemplando con los ojos muy abiertos el misterio del paisaje e inhalando sensualmente el dulce y cálido aliento del cañón-jardín, con fosas nasales que se dilataban y estremecían por tanta delicia... Sus ojos se entornaron en risueños resquicios azules, la cara se arrugó de alegría y la boca se curvó en una sonrisa al gritar en voz alta:

-¡Malvas felices y alegres dientes de león, qué bien huelen! ¡Que vengan a hablarte, después, de jardines de rosas y fábricas de colonia! ¡No tienen ni idea!

Tenía la costumbre de hablar a solas. Las rápidas y cambiantes expresiones de su cara traslucían cada pensamiento y estado de ánimo, pero la lengua los seguía a duras penas, como un segundo Boswells[4].

El hombre se sentó a la orilla del estanque y bebió profunda y largamente de su agua.

-Me sabe bien -murmuró, levantando la cabeza y contemplando la ladera, mientras se limpiaba la boca con el revés de la mano. La ladera atrajo su atención. Todavía tumbado de bruces, estudió su estructura larga y cuidadosamente. Era un ojo experto el que recorrió el declive hasta la pared del cañón y bajó de nuevo al borde del estanque. Se levantó rápidamente y brindó a la ladera una segunda observación.

-Me parece buena -concluyó, recogiendo su pico, pala y criba.

Cruzó el arroyo más abajo del estanque, saltando ágilmente de piedra en piedra. Allí donde la ladera tocaba el agua sacó una palada de tierra y la echó en la criba. Se agachó sujetando la criba entre las manos y la sumergió parcialmente en el agua. Luego le dio a la criba un diestro movimiento circular que removía el agua afuera y adentro, atravesando tierra y gravilla. Las partículas más grandes y ligeras subían a la superficie y, con un hábil movimiento inclinado, las vertía por el borde. l5e vez en cuando, para acelerar la tarea, dejaba reposar la criba en la tierra y sacaba con sus dedos los guijarros más grandes y los trozos de piedra.

El contenido de la criba disminuyó rápidamente hasta que solo quedaron el polvo terroso y la gravilla más menudos. En esta etapa empezó a trabajar concienzuda y cuidadosamente. Era un lavado fino, cada vez más delicado, con un agudo escrutinio y un toque sutil y fastidioso. Al fin la criba parecía haberse vaciado de todo menos del agua, pero con un movimiento rápido y semicircular que envió volando el agua de la criba al arroyo de corriente poco profunda, descubrió una capa de arena negra en el fondo de la criba. Tan fina era la capa, que parecía una pincelada de pintura. La examinó muy de cerca. En el medio había una partícula dorada. Echó un poco de agua por el borde de la criba. Con una rápida

[4] James Boswell (1740-1795), escritor y jurisconsulto escocés, famoso por su biografía del doctor Samuel Johnson. Dícese de aquel que recoge con detalle las conversaciones y actividades de un contemporáneo famoso.

sacudida el agua regó el fondo, volteando una y otra vez los granos de arena negra. Vio recompensado su esfuerzo con una segunda partícula dorada.

El lavado se hizo ahora muy fino, mucho más de lo que exigirían las necesidades de un buscador corriente. Trabajó con la arena negra, escurriéndola de a pequeñas porciones por vez sobre el borde superficial de la criba. Examinaba con minucia cada pequeña porción, analizando cada grano antes de dejarlo caer por el borde. Una partícula dorada, no más grande que la punta de un alfiler, apareció en el canto y, manipulando el agua, volvió al fondo de la criba. De esta manera descubrió otra partícula, y otra más. Tenía un gran cuidado con ellas. Lo mismo que hace un pastor con su rebaño, reunió su grupo de partículas doradas para que ninguna se perdiera. Al final, lo único que quedó de su criba de barro fue su rebaño dorado. Las contó y luego, tras toda esta labor, las arrojó volando fuera de la criba con un remolino final de agua.

Pero sus ojos azules brillaban de deseo mientras se erguía sobre sus pies.

-Siete -murmuró en voz alta, sumando las partículas por las que tanto se había afanado y que tan sin razón había arrojado-. Siete, repitió con el énfasis de quien intenta grabar un número en la memoria.

Se quedó quieto durante mucho tiempo observando la ladera. En sus ojos brillaba una curiosidad nueva y ardiente. Había en él una exultación y regocijo como los del animal depredador que captura el aroma fresco del ciervo.

Bajó unos pasos por el arroyo y sacó una segunda criba de tierra.

De nuevo comenzó el lavado cuidadoso, el celoso agrupamiento en "rebaño" de las partículas doradas, y la voluptuosidad con que las arrojaba a la corriente después de contarlas. -Cinco -murmuró, y repitió-: cinco.

No pudo reprimir el lanzar una nueva mirada escrutadora a la colina, antes de volver a llenar la criba un poco más abajo. Sus rebaños dorados disminuían.

-Cuatro, tres, dos, dos, una.

Esos eran sus cálculos mentales mientras iba por la orilla corriente abajo. Cuando sus lavados lo recompensaron solamente con una partícula de polvo, se detuvo y encendió una hoguera de ramitas secas. Colocó sobre ella la criba y la quemó hasta dejarla de un color negro azulado. La levantó y la observó críticamente. Asintió con la cabeza. Desafiaba a la más pequeña partícula amarilla a que lo eludiera, contra semejante fondo coloreado.

Moviéndose todavía corriente abajo, volvió a llenar la criba. Su recompensa fue una sola partícula. La tercera no dio nada de oro. No satisfecho con esto, cribó la tierra tres veces más, extrayendo paladas a medio metro de distancia una de otra. Cada palada demostró estar vacía de oro, y esto, en vez de desanimarlo, parecía proporcionarle satisfacción. Su regocijo aumentaba con cada lavado estéril, hasta que se alzó, exclamando jubiloso:

-¡Que Dios tire mi cabeza a los perros, si no es cierto! Empezó de nuevo a cribar corriente arriba, partiendo del punto inicial. Sus rebaños dorados aumentaron al principio, y lo hicieron prodigiosamente.

-Catorce, dieciocho, veintiuno, veintiséis -corrían los cálculos por su mente. Justo por encima del estanque dio con la criba más rica: treinta y cinco.

-Casi las suficientes para guardarlas -observó pesaroso, mientras permitía que el agua las llevara.

El sol escaló hasta lo más alto del cielo. El hombre siguió trabajando. Criba a criba remontó el arroyo, mientras los resultados decrecían con regularidad.

-Es como para ponerse a patalear, la manera en que se agotan -exclamó con júbilo, cuando una palada de tierra contenía solo una partícula de oro.

Y cuando no consiguió sacar ninguna más, se irguió y obsequió a la ladera una mirada de confidencia.

-¡Ajá, señor Filón! -gritó como si hubiera un auditorio escondido debajo de la ladera-. ¡Ajá, señor Filón! ¡Ya voy, ya voy, y voy por ti! ¿Me escuchas, señor Filón? ¡Voy por ti, tan cierto como que las calabazas no son coliflores!

Se volvió y lanzó una mirada calculadora al sol, instalado por encima de él en el azul de un cielo despejado. Luego descendió por el cañón, siguiendo la fila de agujeros que había cavado al llenar las cribas. Cruzó la corriente debajo del estanque y desapareció tras la cortina verde. Poca oportunidad le quedaba ya al espíritu del lugar para volver a su quietud, pues la voz del hombre, elevada en una canción sincopada, se posesionó del cañón.

Al rato volvió, con un golpeteo más ruidoso del herraje de sus zapatos contra las piedras. La cortina verde se agitó con violencia, balanceándose hacia atrás y adelante como en las angustias de una lucha. Hubo un gran estruendo y ruidos metálicos. La voz del hombre subió de tono y se tornó ruda e imperativa. Un gran cuerpo irrumpió jadeante. Se escucharon chasquidos, ondulaciones y desgajamientos, y entre una lluvia de hojas caídas un caballo atravesó la cortina vegetal. Sobre su lomo había un fardo del que colgaban hiedras rotas y enredaderas rasgadas. El animal contempló con ojos atónitos el paisaje al que había sido empujado, luego bajó la cabeza hacia la hierba y se puso a pastar con alegría. Un segundo caballo irrumpió, tropezando en las rocas cubiertas de musgo y recuperando el equilibrio cuando sus cascos se hundieron en la blanda pradera. Iba sin jinete, aunque llevaba una alta silla de montar mejicana, marcada y descolorida por el prolongado uso.

El hombre llegó en último término. Descargó el fardo y I quitó la silla de montar al tiempo que buscaba con la vista un lugar donde acampar, y luego dejó en libertad a los animales para que pastasen. Desempacó la comida y sacó la sartén y la cafetera. Recogió una brazada de leña seca y con unas pocas piedras preparó un hogar para la lumbre.

-¡Dios! -exclamó-. ¡Qué apetito tengo! ¡Me zamparía limaduras de hierro y clavos de herraduras, y hasta pediría una segunda ración!

Se estiró y, mientras buscaba los fósforos en los bolsillos del overol, sus ojos recorrieron el estanque en dirección a la ladera. Los dedos asieron la caja de fósforos, pero se relajaron y la mano salió vacía. El hombre vaciló de manera visible. Observó los preparativos para comer y volvió la vista hacia la ladera.

-Voy a darle otra vuelta -concluyó, mientras empezaba a cruzar la corriente.

-No tiene sentido. Lo sé -murmuró a modo de disculpa-. Pero si espero otra hora para comer, no creo hacer daño a nadie.

Inició una segunda serie de hoyos, unos metros por detrás de la primera. El sol descendía por el oeste del cielo, las sombras se alargaban, pero el hombre seguía trabajando. Abrió una tercera línea de paladas de exploración, cruzando la ladera línea a línea, mientras subía. Las cribas más ricas las obtenía en el centro de cada fila. Al subir por la ladera, las líneas se cortaban. La regularidad con que disminuía su longitud indicaba que, en alguna parte de la ladera, la última línea sería tan corta que casi no mediría nada, y que

más allá de ella solo quedaría un punto. El dibujo resultaba una "V" invertida. Las líneas convergentes de esta "V" señalaban los límites del suelo aurífero.

Evidentemente, la meta del hombre estaba en el vértice de la "V". Recorrió varias veces con la vista las líneas convergentes y la ladera, en un intento por localizar el vértice y el punto en el que podía cesar el suelo aurífero. Aquí era donde residía el señor Filón, pues este era el nombre que le daba al punto imaginario, gritándole:

-¡Baja de ahí, señor Filón! ¡Sé bueno y complaciente, y baja!

-Está bien -añadió más tarde, con voz resignada y resuelta-. Está bien, señor Filón. Está claro que tendré que subir y agarrarte de la calva. ¡Y lo conseguiré! ¡Vaya si lo conseguiré! -amenazó luego.

Bajaba a lavar cada criba; a medida que trepaba la ladera eran cada vez más ricas, hasta que empezó a guardar el oro en una lata vacía de levadura que llevaba en el bolsillo. Tan enfrascado estaba con su faena, que no notó el largo crepúsculo que se le echaba encima. No se dio cuenta del paso del tiempo hasta que intentó en vano distinguir el color dorado del fondo de la criba. Se levantó de repente. Su cara se cubrió con una expresión de asombro, extrañeza y respeto, mientras decía arrastrando las palabras:

-¡Que el Señor me lleve de los fundillos! ¡Me olvidé por completo de la cena!

Cruzó a los tropezones el arroyo en la oscuridad y encendió la hoguera largamente demorada. Su cena la formaban bizcochuelo, tocino y habas recalentadas. Después se fumó una pipa al rescoldo de las brasas, mientras escuchaba los ruidos de la noche y contemplaba la luz lunar, que entraba a raudales en el cañón. Luego extendió su cama, se quitó los pesados zapatos y subió las mantas hasta la barbilla. A la luz de la luna su cara se veía blanca, como la de un cadáver. Pero era un cadáver que resucitaba, pues se reclinó de repente en un codo y contempló fijamente el faldeo de la colina.

-Buenas noches, señor Filón -susurró adormecido-. Buenas noches.

Durmió sin enterarse de las primeras luces de la mañana, hasta que los rayos directos del sol golpearon sus párpados cerrados; en ese momento despertó con un respingo y miró a su alrededor, hasta que restableció la continuidad de su existencia e identificó su estado presente con los días previamente vividos.

Para vestirse, solo tuvo que abrocharse los zapatos. Lanzó una mirada a la hoguera y otra a la colina, titubeó, pero resistió la tentación y encendió el fuego.

-Quédate en tu sitio, Bill, quédate en tu sitio -se reprendió a sí mismo-. ¿Qué vas a conseguir con correr? De nada sirve calentarse y sudar. El señor Filón te espera. No va a huir antes de que desayunes. Lo que tú necesitas, Bill, es algo fresco en tu menú. Así que debes ir, y conseguirlo.

Cortó una vara a la orilla del agua, sacó de un bolsillo un trozo de cuerda y una `mosca' sucia y embarrada.

-Tal vez piquen por la mañana temprano -murmuró mientras la echaba por primera vez al estanque. Y un momento más tarde gritaba alegremente-: ¿Qué te dije, eh? ¿Qué te dije?

No tenía reel, ni ganas de perder el tiempo, y apelando principalmente a su fuerza y rapidez sacó del agua una centelleante trucha de treinta centímetros. Con tres más, pescadas en veloz sucesión, proveyó su desayuno. Cuando, en el camino a la colina, llegó a las piedras en fila que servían para cruzar el río, fue asaltado por una idea repentina y se detuvo.

Librodot

-Debería darme una vueltita arroyo abajo -dijo-. Nunca se sabe quién puede estar curioseando por aquí.

Pero cruzó las piedras, y con un "realmente debería dar esa vuelta" archivó la necesidad de tomar precauciones y se volcó al trabajo.

Al anochecer se enderezó. Tenía la espalda tiesa por trabajar agachado, y al colocar una mano en ella para aliviar los músculos doloridos, dijo:

-¿Y ahora qué piensas de esto, maldición? ¡Otra vez me olvidé de la cena! Como no tenga más cuidado, me voy a convertir en un maniático de dos comidas al día.

-El señor Filón es la cosa más condenada que jamás haya visto para distraer a un hombre -se dijo esa noche mientras se deslizaba entre las mantas. No olvidó gritarle a la ladera-: ¡Buenas noches, señor Filón! ¡Buenas noches!

Tras levantarse con el sol y tomar un desayuno de apuro, se puso a trabajar temprano. Parecía haberse apoderado de él alguna fiebre, que no calmaba siquiera la riqueza cada vez mayor de las cribas. Sus mejillas mostraban un rubor distinto del que produce el calor del sol, y se olvidaba del cansancio y del paso del tiempo. Cuando llenaba la criba de tierra, corría cuesta abajo para lavarla, sin poder evitar correr de nuevo cuesta arriba jadeando y tropezando entre blasfemias, para volver a llenarla.

Estaba ahora a unos cien metros del agua, y la "V" invertida empezaba a tomar proporciones definidas. La anchura del filón decrecía regularmente y, con la mente, extendió los lados de la "V" hasta su lugar de encuentro en la cima de la colina. Esta era su meta, el vértice de la "V", y cavó muchas cribas de tierra para localizarlo.

-A unos dos metros por encima de la mata de manzanita y un metro a la derecha -concluyó al fin.

Entonces se apoderó de él la tentación.

-Está todo más claro que el agua -dijo al abandonar su forzada labor y subió hasta aquel vértice.

Llenó la criba y bajó la cuesta para lavarla. No contenía ni rastros de oro. Cavó hondo y en capas más superficiales, llenando y lavando una docena de cribas, sin siquiera obtener la recompensa de una sola partícula dorada. Estaba furioso por haber cedido a la tentación, se maldijo blasfemando avergonzado. Después, bajó la colina y tomó el atajo.

-Lento y seguro, Bill, lento y seguro -canturreaba-. Lo tuyo no es llegar a la fortuna por el camino más corto. Ya es hora de que lo sepas. Aprende, Bill, aprende. Lento y seguro, es la única mano que puedes jugar. Así que ve, y hazlo.

Mientras disminuían los atajos como prueba de que los lados de la "V" estaban convergiendo, crecía la profundidad del vértice de la "V". El rastro del oro se adentraba en la colina. Y fue a casi un metro bajo la superficie que pudo conseguir pepitas en su criba. La tierra que excavó a sesenta centímetros de profundidad, y a noventa, habían dado por fruto cribas vacías. En la base de la "V", cerca de la orilla del agua, había encontrado pepitas en las raíces de la hierba. Cuanto más ascendía la cuesta, más hondo se hallaba el oro. Cavar un agujero de noventa centímetros de profundidad para conseguir una criba de prueba no era tarea pequeña. Y entre el vértice y el hombre aún quedaba por cavar un número indefinido de tales agujeros.

-¡Y quién sabe a qué profundidades! -suspiró en una breve pausa, mientras sus dedos frotaban la espalda dolorida. Afiebrado por el deseo, con la espalda doliéndole y los músculos entumecidos, excavando y destrozando la blanda tierra marrón con el pico y la pala, el hombre se esforzaba cuesta arriba. Ante él se alzaba la suave ladera salpicada de

flores y dulces fragancias. Detrás, quedaba la devastación. Parecía como si una terrible erupción hubiera destrozado la suave piel de la colina. Avanzaba al paso lento de una babosa, manchando la belleza con su huella monstruosa.

A pesar de que las trazas del oro se hundían cada vez más, aumentando el trabajo del hombre, este se consolaba con la riqueza creciente de las cribas. Veinte centavos, treinta, cincuenta, sesenta... y al anochecer lavó la última criba, que le proporcionó oro en polvo por valor de un dólar, en una sola palada.

-Apuesto a que algún tipo curioso va a aparecer por mi pradera, metiendo las narices donde no le importa -murmuró somnoliento esa noche, al taparse con las mantas hasta la barbilla.

De repente se sentó.

-¡Bill, escucha, Bill! -gritó tajante-. ¿Me oyes? De ti depende que mañana por la mañana husmees por ahí y veas lo que hay. ¿Me entiendes? Mañana por la mañana. ¡No lo olvides! Bostezó y lanzó un vistazo a la ladera. -Buenas noches, señor Filón -dijo.

Por la mañana se adelantó al sol, pues ya había desayunado cuando los primeros rayos cayeron sobre él, que estaba escalando la pared del cañón por donde este se desmenuzaba y permitía hacer pie. Desde la atalaya de la cima se descubrió en medio de la soledad. Hasta donde podía ver, cadena tras cadena de montañas se alzaban en el campo visual. Hacia el Este, tras brincar por kilómetros sobre hileras e hileras montañosas, sus ojos dieron por fin con las sierras de blancos picos: era la cumbre más alta, donde la columna vertebral del mundo occidental se empinaba contra el cielo. Al Norte y al Sur, podía distinguir con mayor nitidez los sistemas transversales que rompían la línea principal del océano de montañas. Al Oeste las cadenas disminuían una tras otra, hasta perderse de vista en suaves colinas; a su vez, estas descendían al gran valle que él no podía ver.

En toda esa inmensa extensión de tierra no vio ninguna señal de hombre, ni de la mano del hombre, salvo el desgarramiento de la ladera que tenía a sus pies. Observó larga y cuidadosamente. Una vez, a lo lejos de su cañón, creyó distinguir en el aire una tenue insinuación de humo. Miró de nuevo y decidió que era la bruma púrpura de las colinas, oscurecida por una circunvalación de la pared del cañón que tenía a su espalda.

-¡Eh, tú, señor Filón! -le gritó al cañón-. ¡Sal de donde estés! ¡Voy por ti, ya voy!

Sus pesadas botas le daban un aspecto de torpeza, pero bajó las vertiginosas alturas tan ligero y airoso como una cabra del monte. Una piedra se balanceó bajo su pie en el borde del precipicio, pero no se desconcertó. Parecía conocer el tiempo justo que requería ese balanceo para culminar en desastre y, mientras tanto, aprovechó el terreno movedizo para establecer el breve contacto con la tierra que lo llevaría a la seguridad del terreno firme. Cuando el suelo se inclinó de tal manera que resultaba imposible seguir erguido un segundo más, el hombre no vaciló. Apoyó el pie en la resbaladiza superficie durante una fracción de segundo, y se dio el impulso que lo empujó adelante. De nuevo, sin poder pisar siquiera por una fracción de segundo, torcería el cuerpo para agarrarse por un instante al saliente de una roca, a una grieta o a un matorral poco firme. Por fin, tras un salto salvaje y un grito, pasó de la pared a un terraplén y terminó el descenso entre varias toneladas de tierra removida y grava.

Esa mañana, la primera criba le proporcionó más de dos dólares de oro bruto. Provenía del centro de la "V". A ambos lados disminuían rápidamente los valores de las cribas. Las filas de agujeros se acortaban mucho. Las líneas convergentes de la "V" invertida apenas estaban separadas por unos metros. El vértice se hallaba, asimismo, tan solo a unos pocos metros por

encima de él. A primeras horas de la tarde, los hoyos de prueba se hundían un metro y medio en la tierra antes de que las cribas produjeran algún rastro de oro.

En cuanto a este, el rastro se había convertido en algo más, era una verdadera mina, y decidió volver después de dar con la bolsa, para trabajar el terreno. Pero la riqueza iba en constante aumento y empezó a preocuparse. A últimas horas de la tarde el valor de cada criba había llegado a tres o cuatro dólares. Se rascó la cabeza perplejo y lanzó una mirada a la ladera, a unos pies del matorral de manzanita que marcaba aproximadamente el vértice de la "V". Asintió con la cabeza. -Una de dos, Bill, una de dos. O el señor Filón se ha derramado por toda la cuesta, o es tan rico que tal vez no puedas llevártelo todo de una vez. Y eso sería demasiado, ¿verdad? -se alzó al ponderar tan agradable dilema.

La noche lo encontró a la orilla de la corriente con los ojos luchando contra la creciente oscuridad, mientras lavaba una criba de cinco dólares.

-¡Ojalá tuviera luz eléctrica para seguir trabajando! -dijo. Le costó trabajo dormirse esa noche. Muchas veces se preparó y cerró los ojos para que el sueño lo venciera, pero su sangre bullía con un deseo demasiado fuerte; a menudo se le abrían los ojos al tiempo que murmuraba:

-¡Ojalá amaneciera!

Al fin lo venció el sueño, pero abrió los ojos al palidecer las primeras estrellas y el gris del amanecer lo halló ya desayunado, y subiendo la cuesta en dirección a la morada secreta del señor Filón.

Debido a la estrechez de la veta y a la cercanía del arroyo dorado, que había estado persiguiendo durante cuatro días, la primera fila que excavó solo consistió en tres hoyos.

-Cálmate, Bill, cálmate -se reprendía al cavar el hoyo final, donde se unieron las líneas de la 'V'-. Te tengo bien sujeto, señor Filón, y no te librarás de mí -repitió muchas veces, mientras cavaba más profundamente en la tierra.

Un metro y veinte, un metro y cincuenta, un metro y ochenta centímetros. Cada vez le resultaba más difícil cavar. Su pico rechinaba contra piedras rotas. Examinó las piedras.

-Cuarzo podrido -concluyó, mientras limpiaba con la pala la tierra suelta del fondo del hoyo.

Atacó el cuarzo desmenuzado con el pico, desintegrando la tierra a cada golpe.

Hundió su pala en la masa suelta. Su ojo captó un destello amarillo. Soltó la pala y se agazapó de repente sobre los talones. Limpió un trozo de cuarzo podrido, igual que hace un granjero con la tierra de las primeras patatas.

-¡Santo cielo! -gritó-. ¡Terrones y terrones de oro!

La mitad de lo que tenía en sus manos era piedra, y la otra mitad, oro puro. Lo dejó caer en la criba y examinó otro trozo. A primera vista había poco metal amarillo, pero desmenuzó con sus fuertes dedos el cuarzo podrido hasta que sus manos se llenaron de un amarillo reluciente. Limpió la tierra pedazo a pedazo, echándolo luego a la criba. Aquello era un tesoro. Tanto se había podrido el cuarzo, que había menos que oro. De vez en cuando daba con un trozo que no contenía piedra alguna, trozos que eran oro puro. Uno de ellos, donde el pico partió el corazón del oro, brilló como un puñado de joyas amarillas. Ladeó la cabeza y le dio vueltas lentamente para contemplar el rico juego de luces así reflejado.

-¡Para que luego hablen de las excavaciones de "Demasiado Oro!”[5] -exclamó, en un bufido desdeñoso-. Este hallazgo convierte a las otras en excavaciones de treinta centavos.

[5] Véase el relato "Demasiado oro".

Esto es oro puro. Aquí mismo y en este momento nombro a este cañón "Cañón del Oro", sí señor.

Todavía en cuclillas, continuó analizando los fragmentos y echándolos a la criba. De pronto le vino una premonición de peligro. Parecía como si una sombra se hubiera proyectado sobre él, pero no había ninguna. El corazón se le instaló en la garganta y lo sofocaba. La sangre se le heló en las venas y sintió el sudor frío de la camisa contra la piel.

No se levantó de un salto ni miró a su alrededor. No se movió. Reflexionó acerca de la naturaleza de la premonición recibida, intentando localizar la fuente de la fuerza misteriosa que le había avisado, buscando con ansiedad la presencia física de la cosa invisible que lo amenazaba. Lo hostil está rodeado por una aureola puesta de manifiesto por mensajeros demasiado sutiles para que los reconozcan los sentidos. Y él sentía esa aureola, aunque no supiera cómo. El suyo era un sentimiento semejante al de una nube que se interpone ante el sol. Parecía como si entre él y la vida se interpusiese algo oscuro, amenazante y sofocador; una niebla que se tragaba la vida y preparaba la muerte -su propia muerte-. Todas las fuerzas de su ser le impelían a levantarse de un salto y enfrentarse al peligro invisible. Pero su espíritu dominó el pánico y permaneció agazapado, con un trozo de oro entre las manos. No se atrevía a mirar a su alrededor. Sabía que había algo detrás de él. Fingió estar interesado en el oro que tenía entre las manos. Lo examinó críticamente, dándole vueltas y limpiándole la tierra. Y durante todo este tiempo sabía que algo detrás de él observaba el oro por encima de su hombro.

Simulando todavía interés en el trozo de oro que tenía en la mano, escuchó atentamente y oyó la respiración de lo que tenía detrás. Escudriñó el suelo, delante de él, buscando la sombra de un arma, pero no vio más que el oro desmenuzado,

inútil en estos momentos extremos. Tenía el pico, arma útil en algunas ocasiones; pero esta no era una de esas ocasiones. Se daba cuenta de su situación. Se encontraba metido en un estrecho hoyo de seis metros de profundidad. Su cabeza no llegaba ni de lejos a la superficie. Estaba metido en una trampa.

Permaneció en cuclillas. Estaba tranquilo y sosegado, pero el análisis que su mente hacía de cada factor solo le mostraba su impotencia. Continuó limpiando los fragmentos de cuarzo y echando el oro en la criba. No había otra cosa que hacer. Sin embargo, sabía que tarde o temprano tendría que levantarse y enfrentarse al peligro que respiraba a sus espaldas. Pasaron los minutos, y al paso de cada minuto sabía que se iba acercando el momento en que tendría que levantarse -la camisa mojada se le enfrió con este pensamiento- o recibiría la muerte mientras se inclinaba sobre su tesoro.

Permanecía todavía en cuclillas, limpiando el oro y deliberando sobre la forma en que se levantaría. Podía hacerlo de un salto y enfrentarse a lo que lo amenazaba desde el terreno firme, encima de él. O podía levantarse lenta y descuidadamente y fingir que descubría por casualidad lo que estaba a sus espaldas. Su instinto y cada fibra de su cuerpo lo inducían a salir alocadamente a la superficie. Su mente y astucia lo inclinaban al encuentro lento y cauteloso con la amenaza que no podía ver. Mientras razonaba, un ruido fuerte y estruendoso le explotó en el oído. En ese mismo instante recibió un golpe en el costado izquierdo, que lo dejó aturdido, y desde el punto del impacto sintió cómo le corría una llama por la carne. Se levantó de un salto, pero a mitad de camino se desplomó. El cuerpo se derrumbó como una hoja que se marchita con un calor repentino. Cayó de bruces sobre la criba de oro, con la cara sobre la tierra y las piedras, y las piernas enredadas y torcidas por la estrechez del fondo del hoyo. Sus piernas dieron unas cuantas sacudidas

convulsivas. Su cuerpo se agitó con una poderosa fiebre. Hubo una lenta expansión de los pulmones, acompañada de un hondo suspiro. Exhaló el aire lenta, muy lentamente, y el cuerpo quedó inerte.

Sobre él, revólver en mano, se asomaba un hombre al borde del hoyo. Contempló durante largo rato el cuerpo postrado e inmóvil que tenía debajo de él. Durante cierto tiempo, el extraño se sentó en el borde del hoyo, de manera que podía asomarse a él, y apoyó el revólver sobre las rodillas. Metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de papel marrón. Lo llenó de unas briznas de tabaco. Esta combinación se convirtió en un cigarrillo marrón, achatado y de puntas curvas. No separó la vista ni un momento del cuerpo que yacía en el fondo del hoyo. Encendió el cigarrillo y aspiró el humo hasta los pulmones en una acariciante chupada. Fumó despacio. Se le apagó el cigarrillo y lo volvió a encender. Durante todo el rato estuvo observando el cuerpo que tenía debajo.

Por fin, tiró la colilla y se levantó. Se acercó al borde del hoyo. Midiéndolo con una mano en cada lado y sosteniendo todavía el revólver en la mano derecha, bajó a pulso al fondo del hoyo.

Cuando los pies se hallaban a un metro del fondo, soltó las manos y cayó.

En el instante en que sus pies tocaron el fondo, vio extenderse el brazo del minero y sintió en las piernas una sacudida rápida y brusca que lo arrojó al suelo. En el salto, la mano del revólver se hallaba por encima de su cabeza. El revólver bajó con la misma velocidad que la sacudida de las piernas. Apretó el gatillo, cuando todavía se encontraba en el aire. La explosión fue ensordecedora en un espacio tan reducido. El humo llenó el hoyo y no pudo ver nada. Cayó de espaldas al fondo y el cuerpo del minero se abalanzó sobre él como un gato. Al pasar por encima de él, el extraño dobló el brazo derecho para disparar, y en ese instante el minero le dio un codazo en la muñeca. El cañón apuntó hacia arriba y la bala se incrustó en la tierra de la pared del hoyo.

Un instante más tarde, el extraño sintió la mano del minero apretándole la muñeca. La lucha era ahora por el revólver. Cada uno de los dos hombres pugnaba por dirigirlo al cuerpo del contrario. El humo del hoyo se aclaraba. El extraño, tumbado de espaldas, comenzaba a ver borrosamente. Pero, de repente, se cegó con un puñado de tierra que su adversario le había arrojado en los ojos. En ese momento de sorpresa se olvidó del revólver y al momento siguiente sintió un estallido de oscuridad, que descendía sobre su mente; y, en medio de la oscuridad, hasta esta cesó.

Pero el minero siguió disparando el revólver hasta vaciarlo. Luego lo lanzó lejos de sí y, respirando con dificultad, se sentó en las piernas del muerto.

El minero lloraba y se esforzaba por respirar.

-¡Maldito cerdo! -jadeó-. ¡Acampa en mi camino y me deja hacer todo el trabajo, para dispararme luego por la espalda! Casi lloraba de rabia y cansancio. Observó la cara del muerto. Estaba salpicada de tierra y grava suelta, y resultaba difícil distinguir las facciones.

-Nunca en mi vida lo he visto -dijo el minero al concluir su examen-. Tan solo un ladrón vulgar y corriente. ¡Maldita sea, me disparó por la espalda! ¡Me disparó por la espalda!

Se desabrochó la camisa y se palpó el costado izquierdo, por detrás y por delante.

-¡Me atravesó limpiamente, sin hacerme ningún daño! -exclamó con júbilo-. Apuesto a que apuntó bien, muy bien, pero se le movió el revólver al apretar el gatillo. ¡Vaya tipejo!

¡Pero ya lo he arreglado! ¡Vaya si lo he arreglado!

Sus dedos reconocieron la herida del costado y por su cara pasó una sombra de arrepentimiento.

-Esto va a mandarme derecho al infierno -dijo-; de mí depende ponerle remedio y salir de aquí.

Gateó hacia afuera del hoyo y bajó la cuesta que conducía al campamento. Media hora más tarde volvía con su caballo de montar. La camisa abierta mostraba los rudos vendajes con que había revestido la herida. Los movimientos de la mano izquierda eran lentos y torpes; pero eso no le impedía utilizar el brazo.

Pasó una cuerda por debajo de los hombros del muerto y lo arrastró fuera del hoyo. Luego se puso a recoger el oro. Trabajó firmemente durante varias horas, deteniéndose a menudo para descansar su hombro rígido y para exclamar:

-¡Me disparó por la espalda, el muy canalla! ¡Me disparó por la espalda!

Cuando recogió todo su tesoro y lo empaquetó en varios fardos cubiertos de mantas, hizo una estimación de su valor. -¡Que me lleven los diablos si no hay doscientos kilos! -concluyó-. Digamos, unos doscientos kilos de cuarzo y tierra, lo que deja cien kilos de oro. ¡Bill! ¡Despierta! ¡Cien kilos de oro! ¡Cuarenta mil dólares! ¡Y es tuyo, todo tuyo!

Se rascó la cabeza con deleite, y los dedos tropezaron con un surco desconocido. Lo recorrieron a lo largo de varios centímetros. Se trataba del surco que le había dejado en el cuero cabelludo el roce de la segunda bala.

Se acercó enfurecido al muerto.

-¡Con que sí, eh! -le espetó-. ¡Con que sí, eh! ¡Pues te he arreglado de una vez por todas, y te haré un entierro decente! ¡Más de lo que hubieras hecho tú por mí!

Arrastró el cuerpo hasta el borde del hoyo y lo dejó caer dentro. Dio en el fondo con un sonido sordo, sobre un costado, con la cara vuelta hacia la luz. El minero se asomó para verlo. -¡Y me disparaste por la espalda! -acusó.

Rellenó el hoyo con el pico y la pala. Luego cargó el oro en el caballo. Era una carga demasiado pesada para el animal y, cuando llegó al campamento, transfirió parte del oro a su caballo de carga. Aun así se vio obligado a abandonar parte de su equipo: el pico, la pala y la criba, comida extra y los útiles de cocina, así como diversos materiales sobrantes.

El sol se hallaba en el cenit cuando el hombre obligó a los caballos a atravesar la cortina de hiedra y enredaderas. Para escalar las rocas, tuvieron que alzarse y avanzar a ciegas entre la maraña de la vegetación. El caballo de montar se cayó una vez y el hombre le quitó el fardo para que pudiera levantarse.

Antes de reemprender la marcha, el hombre asomó la cabeza por entre las hojas y contempló la colina.

-¡El miserable canalla! -dijo, y desapareció.

Se oyó el chasquido y el desgajarse de hiedras y ramas. Los árboles se balanceaban, marcando el paso de los animales en medio de ellos. Los cascos herrados resonaban contra las piedras y, de vez en cuando, algún juramento o alguna orden. Luego, la voz del hombre se elevó en una canción:

Vuélvete y vuelve la cara
hacia las dulces colinas de la gracia.
(A las fuerzas del pecado estás despreciando.)
Mira a tu alrededor.
Arroja tus pecados a la tierra.

(Te encontrarás con el Señor en la mañana.)

La canción *se* hizo más y más débil, y a través del silencio el espíritu del lugar regresó, lentamente. La corriente se adormeció y volvió a susurrar una vez más, y se elevó somnoliento

el zumbido de las abejas de montaña. En el aire flotaban los níveos plumones de los álamos. Las mariposas revoloteaban entre los árboles, y sobre todas las cosas resplandecía la quieta luz solar. Solo quedaban las huellas de los cascos en el prado y la desgarrada ladera, como signo del tumultuoso irrumpir de la vida que había roto la paz del lugar, y pasado por allí para seguir adelante.

Fin